

JULIO D. PORTOCARRERO

Consejero de la Legación de Colombia en Venezuela

EN DEFENSA

DE

O'LEARY

CARACAS

TIP. UNIVERSAL

1930

JULIO D. PORTOCARRERO

Consejero de la Legación de Colombia en Venezuela

EN DEFENSA

DE

O'LEARY



M422 Pza 19. 11503 Pza 1.

CARACAS
TIP. UNIVERSAL

1930

93

Con motivo de haberse conmemorado en octubre del presente año el centenario de la muerte del bizarro Prócer de nuestra Independencia, General José María Córdoba, se han hecho algunas publicaciones, amén de los libros publicados por los Académicos Colombianos señores Enrique OteroD'Costa y Roberto Botero Saldarriaga, en los cuales se repite la antigua historia desprovista de datos, de que el General Daniel F. O'Leary, Jefe de Operaciones sobre Antioquía, había dado la orden a Hand de ultimar al Jefe rebelde.

En no pocas ocasiones algunos descendientes del General O'Leary nos habíamos visto precisados a rectificar, con documentos claros, la calumnia que entrañan dichas acusaciones y muchos de estos artículos en que se daba respuesta a las malévolas sugerencias de Juan Ignacio Galviz, quien tuvo por mentor al doctor Juan Manuel Rudas, fueron publicadas por el eminente historiador doctor don Eduardo Posada, en su interesante obra *Biografía de Córdoba*, por que el doctor Posada es uno de los convencidos de la sinrazón de aquellos cargos.

A mi venida a Caracas traté de obtener los originales de la parte aún no publicadas de las Memorias de O'Leary, entre los cuales se hallan los referentes al capítulo del tomo Apéndice, que debió titularse "*Mi Misión a Antioquía*"; doña Josefina Ospina de O'Leary, viuda de don Simón B. O'Leary, quien hizo la publicación de las Memorias y que fué su colaboradora en esta obra, nos relató que en dichos originales se encontraba la justificación plena de la conducta de O'Leary en este doloroso acontecimiento. Desgaciadamente dichos documentos no se encuentran junto con los demás que constituyen la obra mencionada y mi muy distinguido amigo el señor doctor don Francisco González Guinán ha tenido a bien informarme de que dichos documentos no estaban entre los que la señora viuda de O'Leary vendió al Gobierno de Venezuela y que él recibió entonces, pero que dicha señora los obsequió al señor General Guzmán Blanco bajo cuya protección y por cuya orden se publicaron las Memorias.

El señor don Bernardo Guzmán Blanco me ha ofrecido galantemente hacer lo posible por tratar de hallar dichos documentos, pero teme que hayan podido extraviarse en ocasiones en que el ar-

chivo de su ilustre padre ha sido desmembrado por manos enemigas. Sin embargo no pierdo la esperanza de lograr su publicación algún día.

En vista de las anteriores dificultades, he creído que la mejor manera de acopiar una documentación para desvirtuar la malévolas especie era la de solicitar de distinguidos historiadores de Venezuela su opinión acerca de este acontecimiento y, en efecto, dirigí la carta que publico a continuación y a la cual me han dado muy interesantes respuestas, que tanto yo como mi familia sabemos agradecer y que considero que desvirtuan por completo las malévolas y calumniosas imputaciones hechas al fiel amigo de Bolívar, su historiador y su querido Edecán. Estoy convencido de que con los documentos anteriormente publicados y los que hoy tengo el honor de dar al público, la gente sensata y desprovista de prejuicios y de pasiones enconadas, quedará convencida de que la especie es una calumnia inventada por los enemigos eternos del Libertador.

Entre los documentos publicados recientemente no he hallado nada nuevo: en *El Trabajo*, de Popayán, su redactor, señor Gustavo Arboleda, reprodujo como homenaje a Córdoba, la parte pertinente de su *Historia Contemporanea de Colombia*, referente al Santuario y veo que allí declara, sin más comprobante que su dicho y algunos "se dice", que el General O'Leary asociado o por indicación del Benemérito Prócer General Rafael Úrdaneta, había ordenado la muerte de Córdoba. Poco serio parece que un historiador formule cargos de esta naturaleza sin poderlos respaldar con otras razones que vagas leyendas, o propias opiniones.

He leído también unos artículos de un General (hoy Coronel) poco conocido entre los historiadores y cuyo nombre no menciono para no darle notoriedad, en que ha hecho imputaciones al General O'Leary, pero sin otro documento que su dicho.

De otro lado casi toda la prensa sensata de Colombia ha hecho justicia al General O'Leary: en el *Diario del Comercio*, de Barranquilla el Hermano Santiago Esteban, de las Escuelas Cristianas, defiende brillantemente al Ilustre Irlandés.

El Doctor José Manuel Saavedra Galindo, Representante liberal al Congreso, por el Valle del Cauca, en su discurso pronunciado en la Cámara de Representantes de Colombia, el día 16 de octubre pasado y después de hacer un férvido elogio del *Héroe de Ayacucho*, agregó: "Y como un tributo de justicia a Irlanda, recuerdo que O'Leary, por el contrario al ver el cadáver de Córdoba, en la triste mansión del Santuario, crispado por las agonías de la muerte, en desorden su cabellera, y manchado su rostro por la sangre de los infames sablazos con que la ultimó Hand, empapó su pañuelo en agua

perfumada, le limpió el rostro, flor de eterna juventud, le peinó los cabellos, y arregló el féretro para la cámara mortuoria. Acto digno de O'Leary, a quien no vacilo en calificar de Tácito de nuestra historia nacional." Este elogio viniendo de un liberal como el Doctor Saavedra Galindo vale mucho y demuestra que este historiador no acepta la imputación atribuida a O'Leary.

El General Luis Capella Toledo en una de sus interesantes Le-yendas en que habla de Córdoba dice que él investigó, en el mismo sitio del Santuario y que se convenció de que el General O'Leary no creía que Córdoba se encontrara en la casa, pues había despachado diversas comisiones en su busca con orden expresa de ofrecerle las más amplias garantías y en el parte de la batalla dice el General O'Leary lo siguiente, que nunca fué contradicho por ninguno de los allegados al General Córdoba:

"...En este momento un oficial vino a informarme que un Jefe enemigo, que suponía ser el General Córdoba, me buscaba en otra parte del campo para rendirse, me fuí volando a protegerle y encontré al Comandante Giraldo y otros oficiales enemigos que solicitaban mi protección. A mi vuelta a la casa encontré en nuestro poder al infortunado General Córdoba que acababa de recibir una bebida mortal y suplicaba permiso para hablar conmigo. Al contemplar su desgracia, yo me olvidé de su perfidia y de su traición, para recordarme por un momento de mi antiguo amigo y compañero de armas". De ésto se desprende claramente que el General O'Leary ni pensó en hacer matar al General Córdoba y antes bien no tuvo otro pensamiento que el de ofrecerle garantías.

El General A. I. Chiriboga M., en un artículo publicado en El Comercio de Quito el 17 de octubre pasado, al contentar el parte de la batalla dice: "Nosotros nos inclinamos al contenido del parte suscrita por el General O'Leary, porque este insigne Prócer-historiador hizo siempre de la verdad el firme pedestal de sus empresas gloriosas".

Creo que con lo dicho basta para llenar mi propósito de defender de la calumnia la figura de mi Ilustre abuelo.

Antes de insertar los documentos a que arriba he hecho mención debo decir una palabra al encarnizado enemigo de O'Leary Doctor Botero Saldarriaga: No es cuerdo recoger en el fango especies malévolas, para enrostrárselas calumniosamente al prójimo; en reciente carta publicada por los periódicos de Bogotá, el señor General Leandro Cuberos Niño, Jefe del Partido Liberal de Colombia, dando respuesta al Dr. Botero Saldarriaga le dice cómo un copartidario, al tiempo de morir, le entregó un manuscrito, en el cual se hacían graves inculpaciones a algún copartidario por haber huido ante el enemigo, con los dineros del ejército. Persona de alta posi-

ción en Colombia, hoy residente en esta ciudad, me decía cuando leíamos aquella carta, que indudablemente ese cargo era infundado porque el Doctor Botero era un hombre profundamente honrado y así lo creo, pero ha sido víctima de esa calumnia, publicada en Antioquia y por ésto debe ver que no es prudente lanzar cargos calumniosos contra hombres tan ilustres como el General O'Leary.

La carta que dirigí a varios amigos, maestros en la historia, es la siguiente:

Caracas, agosto 16 de 1929.

Mi distinguido amigo:

Con ocasión del Centenario de la muerte del Prócer José María Córdoba, que tendrá lugar el 17 de octubre próximo, algunos escritores de los que no se han mostrado como admiradores de los hombres que se distinguieron por su lealtad y fidelidad al Gran Libertador, han escrito y tengo aviso de que preparan nuevos artículos para atacar la memoria del Prócer General Daniel F. O'Leary, el gran amigo del Padre de la Patria y a quien se deben las mejores páginas de la historia de la Guerra Magna.

Constantemente hemos dado respuesta los descendientes de O'Leary a la repetida historia de su responsabilidad en la muerte del bizarro Prócer General Córdoba, pero los enemigos continúan y vuelven a repetir sus historias desprovistas de datos históricos y no han podido desvirtuar las claras respuestas que se les han dado y escriben sin otro fundamento que su pasión política, últimamente ha tocado el turno a los académicos colombianos Otero D'Costa y Botero Saldarriaga, quienes con más procacidad que ciencia calumnian al noble amigo de Bolívar.

Habiendo desaparecido la parte pertinente del tomo tercero Apéndice de las Memorias de O'Leary, relativa a "MI MISION ANTIOQUIA", como él la llamó, ruego a Ud. muy encarecidamente, darme su concepto al respecto, porque considero que una encuesta, entre los distinguidos historiadores de este país, imparciales y científicos, será la mejor contestación a los detractores de la honra y de las glorias del Edecán del Libertador, cuya vida inmaculada les tiene que producir, por lo menos, el pesar del bien ajeno.

Le anticipo mis agradecimientos por la atención que se sirva dispensar a la súplica que le hace por medio de ésta, su admirador y sincero amigo,

Julio D. Portocarrero.

Como contestación a la carta anterior he recibido las siguientes importantes respuestas que publico en el orden en que han venido a mi poder.

Caracas, 21 de agosto de 1929.

Don

Julio D. Portocarrero

Presente.

Estimado amigo:

A los ojos de la Historia imparcial, no de partidos ni de sectas la muerte del General José María Córdoba, acaecida el 17 de octubre de 1829 en "El Santuario" de Antioquía, fué sólo un accidente del combate.

En buena hora que el partido del General Santander, opuesto a la Dictadura boliviana, haya hecho responsable de la muerte de Córdoba a su vencedor el General O'Leary, puesto que su oficial Ruperto Hand terminó en el calor de la refriega con la vida del Ilustre granadino.

Mas la hoja de servicios del General O'Leary en la guerra de la Independencia Suramericana, y toda su vida de ciudadano, no da cabida a una responsabilidad directa o personal en la tragedia del Santuario.

Como militar que defendía la Dictadura cumplió con su deber. Lo mismo hizo Córdoba, que también cumplió con el suyo, al rebelarse en armas cuando juzgó en sus adentros que el régimen boliviano iba contra su país.

Su muerte, bandera política del partido constitucional de Santander, ya debe entrar en el terreno histórico.

En el ánimo de Córdoba hubo desde luego dos corrientes que lo impulsaron.

Amigo de Bolívar creyó que debía por lealtad sostener los principios del Dictador, pero granadino, optó por defender al final la causa de la mayoría de los granadinos.

O'Leary recibió orden de Bolívar de someterlo, y al efecto lo consiguió. Córdoba que era valiente, pero no un jefe para dirigir una revolución, combatió con su valor acostumbrado hasta morir. Era su deber, pues ni huir ni rendirse cuadraba al Héroe de Ayacucho. Los que tratan de defender su memoria, y dicen que estaba rendido cuando Hand lo terminó, calumnian al bravío y colérico antioqueño.

Estimado Don Julio, éstas son mis ideas en cuanto a la muer-

te del General Córdoba y a la actuación del General O'Leary, con las cuales contesto su grata del 16 de los corrientes.

Su affmo. amigo,

Vicente Dávila.

Caracas, 23 de agosto de 1929.

Señor don Julio D. Portocarrero.

Presente.

Mi respetado amigo:

Por mis muchas ocupaciones, es hoy que puedo contestar su apreciable carta del 16.

El digno y notable historiador General O'Leary se defendió brillantemente de las acusaciones que algunos le hicieron por la muerte del General José María Córdoba. Este, como usted lo sabrá, había salido herido de gravedad en la acción del Santuario, y tocole al inglés Ruperto Hand rematarlo.

El General Córdoba tenía un valor extraordinario, pero su preuntuosidad era absoluta. El Libertador lo adoraba y hubo una vez en que lo llamó el héroe de Ayacucho.

En el tomo "Apéndice" de las Memorias del General O'Leary, no hay nada que se refiera a este acontecimiento, ni creo que lo haya en el archivo de la Academia Nacional de la Historia, de la cual soy miembro decano.

Creame su muy apreciador y amigo,

F. González Guinán.

Caracas, 28 de agosto de 1929.

Señor don

Julio D. Portocarrero.

Presente.

Muy distinguido amigo:

Al referirme a su atenta carta de 16 del presente, en la cual se sirve Ud. pedirme mi parecer acerca de la responsabilidad que se ha querido atribuir al General Daniel F. O'Leary en la muerte del General José María Córdoba, debo significarle que no he dado crédito al rumor de que emanara del Primer Edecán del Libertador, y Comandante en Jefe de la División de Operaciones contra la facción de Antioquia, la orden de matar al vencido de *El Santuario*. Tales actos, de innecesaria crueldad, no se cumplen sino cuando el que los ejecuta o los manda a ejecutar entra en la clasificación de los criminales natos, o es mo-

vido por el interés o el odio. Queda comprendido O'Leary en alguno de estos casos? La respuesta negativa se impone, pues los antecedentes de su vida no dan motivo para juzgarlo capaz de tan ruin acción, ni en ninguna parte hay constancia de que fuera enemigo del gallardo e infortunado Córdoba, a quien lo unía cordial amistad según se desprende de la correspondencia entre ellos cruzada.

La muerte de *El León de Ayacucho*, como llama al bravo antioqueño nuestro ilustre amigo Don Eduardo Posada, es uno de los tantos abominables incidentes de la guerra. Atacada la casa en donde él y algunos de sus compañeros resistían, un oficial de oscuros antecedentes, movido por el licor y el miedo, lo encuentra gravemente herido y lo remata a sablazos, suponiendo en su escasa mentalidad que se hace de merecimientos con aquel execrable delito. Se dió para ello alguna orden especial, de palabra o por escrito? No lo creemos ni hemos visto sobre el particular ningún documento que permita afirmarlo. Por otra parte extraña que la imputación no se hiciera a O'Leary en los días mismos del suceso, y que la familia de la víctima lejos de acusar al supuesto victimario le escribiera en términos de agradecimiento por su conducta en aquellos sucesos.

Sin más elementos de prueba que algunas declaraciones contradictorias puede atribuirse a O'Leary el asesinato de Córdoba, perpetrado por Ruperto Hand? Los más elementales principios de jurisprudencia dicen que nó, y ateniéndonos a ellos diremos que la maligna imputación no alcanza a deslustrar el nombre y los merecimientos del fiel amigo del Libertador y perspicuo historiador de la Guerra Magna.

Soy de Ud. atto. S. S. y amigo,

José E. Machado.

Caracas, 17 de septiembre de 1929.

Señor don
Julio D. Portocarrero.
Presente.

Mi muy distinguido amigo:

Correspondiendo a su carta del 16 del presente con el mayor gusto le doy mi opinión respecto al infame suceso que produjo la muerte del General José María Córdoba. Antes debo hacer constar que profeso sincera admiración a este sobercio luchador que supo comunicar carácter a su acción guerrera y colocarse, en poco tiempo, y a pesar de su extremada juventud, a la altura de los más espléndidos hombres de guerra de

la Gran Colombia, y del Perú y Bolivia. Considero su muerte como uno de los sucesos más dolorosos de nuestra historia, pero al mismo tiempo juzgo intachable la conducta del General O'Leary, quien impelido por sus convicciones tuvo que marchar al combate y sufrir las consecuencias de toda guerra fratricida.

Nada más injusto que los cargos que se han hecho a O'Leary por la muerte de Córdoba. La honradez, valor y carácter noble y generoso del célebre edecán del Libertador alejan toda sospecha de que pudiera tener intenciones siniestras. He pasado muchos años entre los papeles de Bolívar y de O'Leary, y en el archivo de Soublette he encontrado numerosa correspondencia privada de O'Leary y de toda su familia, en que constan confidencias íntimas y detalles de su vida. Jamás he descubierto un sentimiento que no sea noble, elevado, generoso. En los últimos diez años de su vida cuando era Ministro de Inglaterra en Bogotá, se afanaba por servir a sus antiguos enemigos y detractores, vencidos por los años y el infortunio. Muerto Bolívar no quiso abscribirse a ningún Gobierno, conservando incólumes su fidelidad al Libertador y a la Gran Colombia. Su honradez política lo ha colocado entre los más puros e ilustres de nuestros próceres. Su memoria me inspira respeto y veneración.

Suplico a usted dispensar la pobreza de mis observaciones que no tiene más mérito que ser resultado de larga observación y de un sentimiento honrado.

Su atento servidor y amigo,

Vicente Lecuna.

Caracas, 23 de septiembre de 1929.

Sr. D. Julio D. Portocarrero.
Consejero Secretario de la
Legación de Colombia.

Presente.

Mi distinguido amigo:

Por mis quebrantos de salud no había podido aún contestar su atenta carta de 16 de agosto último, referente a la memoria del Prócer General Daniel F. O'Leary, con motivo del próximo centenario de la muerte del Prócer General José María Córdoba.

Hoy lo hago con sumo gusto, para manifestarle que me parece en verdad temeraria la imputación de responsabilidad al ilustre Edecán del Libertador en la muerte de aquel bizarro adalid de la Independencia. Ni los antecedentes personales de O'Leary, ni la nobleza de su espíritu, ni la impresión que deja en el ánimo el relato

de los sucesos en torno a la gallarda figura del esclarecido irlandés, se prestan a admitir una conducta abominable de su parte en aquella dolorosa circunstancia.

Cuanto a mí, tengo en gran estimación la obra y la persona de O'Leary, declaración que me es muy grato hacer al caballeroso descendiente de este Prócer a quien van dirigidas las presentes líneas, mientras renovándole la expresión de mi sincero aprecio, complázcome en suscribirme

Su affmo. amigo y SS.,

N. E. Navarro.
Prot. Apostólico.

Caracas, 3 de octubre de 1929.

Señor Don
Julio D. Portocarrero.

Presente.

Muy distinguido amigo:

Ruego a Usted perdone mi tardanza en contestar su carta de 17 de agosto próximo pasado, a causa de quebrantos de salud. El problema que usted plantea en ella, sobre la responsabilidad que se atribuyó al General O'Leary en la tragedia del Santuario, está, a mi parecer, resuelto definitivamente.

La muerte del General Córdoba fué un accidente nunca bien lamentado de las incalificables luchas de partidos que desgarraban a la Gran Colombia. El héroe de Ayacucho, formado en la guerra sin cuartel que se hizo en Venezuela en los años de 1813 y 1814, era en la iliada Bolivariana el igual de Patroclo. ¡Lástima que Aquiles no pudiera celebrar dignamente sus funerales! Bolívar, con la intuición genial para el conocimiento de los hombres que fué una de las características de su espíritu, adivinó el papel que desempeñaría cuando en agosto de 1820 decía a Santander refiriéndose a la campaña del Magdalena: "Córdoba debe mandar donde haya más enemigos o donde haya más que hacer". Y ese fué su destino en la Independencia: pelear con bravura sin medir el número del contrario, y desplegar una gran actividad, a imitación y al gusto del Libertador.

Los enemigos de la dictadura de Bolívar se valieron de su carácter puntilloso y de su ilimitada vanidad para lanzarlo en una aventura de la que no podía salir airoso como en la carga épica del Condorcunca. No se trataba solamente de pelear sino de organizar, de reconstruir, y donde fracasaba el genio de Bolívar debía inevitablemente romperse con estrépito el carácter impetuoso y un poco

infantil de su teniente. Cuando se dió cuenta de su error, no le quedaba sino morir como un león acorralado, morir del único modo que podía morir el Patroclo de la iliada Bolivariana.

Era natural que al General O'Leary, jefe expedicionario en Antioquia, amigo de Bolívar, enemigo jurado de Santander, atribuyera el aterrado círculo-oposicionista la muerte de su glorioso compañero. Así han procedido siempre las facciones. En el caso concreto del General O'Leary, no hay que olvidar que el futuro biógrafo del Libertador era irlandés y por consiguiente naturalmente *frondeur* como dicen los franceses, y que por sus expresiones más que por sus actos se le juzgaba con acrimonia entre los conspiradores bogotanos. Pero inteligente, leal y generoso, si se equivocó algunas veces supo rectificar cuando fué necesario y aún tender la mano al enemigo, con gesto de suprema caballerosidad. ¿Cómo sospechar siquiera, si no se estaba extraviado por el odio, que el compañero de Córdoba en el Perú y el Ecuador pudiera mandarlo a ultimar como a un vulgar malhechor de las montañas de Pasto! Esa *gloria* estaba destinada a los asesinos del Mariscal de Ayacucho. La vida toda de O'Leary lo absuelve ante la penuria de los cargos; la historia ante la falta de un solo documento fehaciente.

Ambos, O'Leary y Córdoba, tienen su busto en la galería de los próceres de la Independencia. El tiempo les ha dado una pátina legendaria. El del primero es de mármol de Italia, de un mármol estriado de oro, como el de ciertas estatuas florentinas; el del segundo es de bronce, épico y glorioso como su vida: el sol de Ayacucho lo dora con sus eternos resplandores.

Doy a usted las más expresivas gracias por haberme colocado, con generosidad digna de un nieto de O'Leary, entre los historiadores venezolanos que usted juzga imparciales y científicos, y me suscribo con gusto su sincero apreciador y amigo.

Luis Correa.

Caracas, 20 de septiembre de 1929.

Señor Don
Julio D. Portocarrero.
Presente.

Mi apreciado amigo don Julio:

Tengo el honor de avisarle recibo de su atenta carta, fecha 16 de los corrientes, y muy grato me es que la oportunidad de constatarla, me brinde hoy la ocasión de exteriorizar, como lo hago, mi profundo respeto por la memoria del egregio y meritisimo patriota, Gral. Daniel Florencio O'Leary, cuya vida fué siempre la más

firme y esclarecida consagración a la libertad y al honor. Esta convicción la he abrigado en todo momento, y ella me ha conducido a considerar a aquel noble y eximio militar, exento de responsabilidad en la profunda desventura que significó para la América, la trágica desaparición del Gral. José María Córdoba, ese héroe sublime de la Independencia.

Dejo, con estas breves líneas, contestada su carta, y una vez más, me repito de Ud. muy atento seguro servidor y amigo,

José Santiago Rodríguez.

Caracas, 15 de octubre de 1929.

Señor Don

Julio D. Portocarrero.

Ciudad.

Mi distinguido amigo:

Hubiérame llegado su interesante carta en días más propicios a mi actividad, y habríame apresurado a responderle. Sucede que ahora, a causa de serios quebrantos de salud, tengo por abandonados mis estudios e investigaciones habituales. He tenido que esperar momento más favorable. Pero el tiempo no se hizo para detenerse, y mientras yo esperaba, él volaba: de tal modo que apenas faltan dos días para la fecha en que se cumple el centenario de la muerte de Córdoba. Debo pues contestarle hoy, aunque no con el detenimiento que entraba en mis deseos.

He publicado algún estudio sobre la noble y militante figura de O'Leary, y no he ocultado mis simpatías por la figura. O'Leary supo ser muchas buenas cosas y sobre todo, leal y consecuente. Lo fué en días que no eran de victoria sino de sacrificios para los amigos de Bolívar. Siguió siéndolo, mucho después, cuando la tumba había quitado significación de actualidad a su consecuencia. Su leal admiración al Grande Hombre de América se ha prolongado en la Historia. Tras él ha entrado en ella. Y en ella permanece. El descanso de sus restos al pié de la tumba de Bolívar es más que un simbolismo. Quién supo velar por la gloria de su General, bien puede descansar en la Gloria y en la gratitud al lado de su jefe.

Ha hecho usted bien al pedir a historiadores venezolanos concepto sobre la imputación dirigida a O'Leary con motivo de la muerte de Córdoba. No, por cierto, porque no haya historiadores de talla en la Nueva Granada, sino por una circunstancia que parece decisiva. En Venezuela los sucesos que anunciaron y determinaron la muerte de Colombia, son ya historia. Según parece, en la Nueva Granada son todavía política...

A la luz de los documentos conocidos, de los antecedentes históricos, del carácter de O'Leary, del valor temerario de Córdoba, no es aventurada la conclusión. Córdoba ha proferido la frase célebre y en él no sería una vana palabra. No se puede triunfar pero se puede morir. Suele acontecer que la desgracia del individuo aumenta la figura histórica. Yo veo a Córdoba más grande resistiendo hasta morir, refrendando con la vida su arrogante frase, que víctima de una fría canallesea orden de asesinato. Pero, la política no lo entiende así; y no vacila en restar altura a la gallarda figura del héroe, con tal de arrojar una sombra sobre los personajes que representaban en la dolorosa tragedia al partido contrario.

Mientras documentos que se dicen decisivos no sean entregados al análisis imparcial y a la fría crítica, tenemos el derecho de seguir creyendo que la famosa orden atribuida a O'Leary es una imputación, obra de pasiones que hace un siglo llegaron a los peores excesos y cuyo eco todavía perturba el sentido de la historia.

Soy de Ud. con testimonios de consideración y amistad, su S. S.

Santiago Key Ayala.

Caracas, 18 de noviembre de 1929.

Señor Don Julio D. Portocarrero.

Consejero de la Legación de Colombia.

Ciudad.

Muy señor mío y distinguido amigo:

Para mí, el asunto de la responsabilidad en la muerte de Córdoba es muy claro. En la patria de usted, todo gira alrededor de las luchas de partido. Aunque ningún colombiano desconoce—a excepción del Doctor Sañudo—la gloria de Bolívar, todavía, en pleno Siglo XX, como en 1828, están ustedes divididos en *serviles* (conservadores) partidarios del Libertador y *liberales*, partidarios del General Santander; o *Dictatoriales* y *Constitucionalistas*. Las etiquetas han cambiado en ocasiones, pero el fondo de los antagonismos es siempre igual.

Desde este punto de vista nada es más natural, que el General O'Leary, el distinguido Edecán del Libertador, su fidelísimo amigo, cargara entonces y cargue todavía, según el criterio, o mejor dicho, la intransigencia *liberal* colombiana con la responsabilidad del asesinato del General José María Córdoba, a quien un escritor de aquella secta el Doctor L. E. Nieto Caballero, llama con sobrada justicia "el Rondón de Ayacucho". Pero al mismo tiempo es también muy natu-

ral que los *godos* o *conservadores*, (*serviles* o *dictatoriales*, como se llamaban antes) defiendan de tan negra calumnia la gran memoria del irlandés ilustre, cuyo nombre está unido para siempre al del Libertador y a la historia de la Independencia de América; e irá creciendo, a medida que estos países se desarrollen, se engrandezcan y la gran figura de Bolívar llegue a tener el pedestal que le corresponde como uno de los muy contados hombres de genio de que se enorgullece el género humano. Entonces sucederá (aún en la misma Colombia, que también habrá evolucionado) que ese asunto del asesinato de Córdoba, será uno de tantos episodios, uno de tantos hechos menudos, un tema curioso para la *petite histoire*, que en nada afectará la reputación del General O'Leary, a quien solamente los odios mezquinos y tradicionales, de sectas anacrónicas, pueden ¡todavía! hacerlo responsable de aquel crimen.

No se preocupe usted; cuando al correr del tiempo hayan caído en la anonimidad o se hallen reducidos a sus verdaderas proporciones muchos nombres, que sólo han sido exaltados y magnificados para servir de pretexto a rivalidades imposibles, a vanidades nacionalistas o al desfogue de bajas pasiones, el del General O'Leary vivirá glorificado por las generaciones venideras: porque habiendo sido de los muy pocos contemporáneos de Bolívar, capaces por su ilustración y su cultura de darse perfecta cuenta del papel histórico que representaban, recogió para la posteridad la más rica documentación con que cuentan los anales de la Revolución Emancipadora. O'Leary pertenece al grupo de los inmortales, porque tuvo talento, porque manejó una pluma, porque supo comprender los grandes designios del Libertador y medir la pequeñez de los que pretendieron combatirlo, disfrazando sus locas rivalidades, sus odios y sus ambiciones, con principios exóticos, filosofías políticas mal digeridas y triquiñuelas de leguleyos.

Yo puedo asegurar a usted que en Venezuela no se le ha ocurrido a nadie achacar a O'Leary el asesinato de Córdoba. Siempre hemos visto en ese asunto, una de tantas calumnias forjadas por los liberales de Santander, contra uno de los más fieles amigos del Libertador.

Con mis más vivos sentimientos de consideración y aprecio, me suscribo de usted su atento S. S. y amigo,

L. Vallenilla Lanz.

Caracas, 17 de octubre de 1929.

Señor don Julio D. Portocarrero.

Presente.

Mi distinguido amigo:

El importante contenido de su carta del 16 de agosto último, referente al tan debatido tema de los sucesos que ocurrieron en El Santuario el 17 de octubre de 1829, hace hoy justamente un siglo, lo he leído con el especial interés que reclama todo cuanto concierne a nuestra historia.

El tópico que usted aborda ahora es de los que, desde hace ya bastantes años, atrajeron mi atención, por la importancia de los hechos desarrollados en aquella época tormentosa y por los hombres que actuaron en el doloroso drama.

Víctima de la fatalidad cayó Córdoba en aquel sitio memorable, pero del estudio depurado de la acción de El Santuario sale el general O'Leary al pie de toda acusación relacionada con la muerte del bravo general antioqueño. Un hombre como O'Leary, cuyas ejecutorias de soldado y de caballero fueron apreciadas siempre por sus compañeros de armas, y por sus adversarios, y cuya admiración por los héroes de la Independencia, en la que él figuró tan brillantemente, quedó consignada en tantas páginas gloriosas, no podía mancharse con un asesinato las manos que supieron honrar en todo momento aquellas espada y aquella pluma que tanto brillo reflejaron sobre la Gran Colombia.

Esa es mi convicción, ya expresada en dos ocasiones: en *El Universal* No. 2.454, fecha 2 de abril de 1916, al dar cuenta a los lectores venezolanos de la aparición del volumen *Biografía de Córdoba* por el ilustre historiador colombiano doctor Eduardo Posada, saqué a luz datos inéditos sobre el comandante Hand, irlandés de nacimiento, quien ultimó al ínclito león neogranadino; y en el trabajo *O'Leary y su misión a Antioquia*, publicado en el número 53 de la revista *Cultura Venezolana*, correspondiente a octubre-diciembre de 1923, puse de manifiesto mi juicio respecto a la conducta del fidelísimo edecán del Libertador en los sucesos relativos a la muerte de Córdoba. Nada mejor para contestar la encuesta de usted que copiar los párrafos que siguen:

"El movimiento acaudillado en Medellín por el general José María Córdoba, en septiembre de 1829, contra la autoridad del Libertador y su consejo de Ministros, terminó con la tragedia de El Santuario, no lejos de Rionegro, el 17 de octubre siguiente. El gallardo adalid de Ayacucho cayó ese día ultimado por manos de un antiguo compañero de armas, el comandante Hand.

"Cuando un año más tarde sobreviene la muerte del Libertador

y se desencadena contra él y sus amigos la reacción de 1831, de los primeros hombres del partido boliviano a quien hiere la calumnia es al leal O'Leary. La pasión política quiso cobrarle el sacrificio de Córdoba, rematado a sablazos por el comandante Ruperto Hand, de las fuerzas gubernativas que debelaron la asonada de 1829. En más de una oportunidad los descendientes de O'Leary han tenido que ocurrir a la prensa de Colombia en defensa de su progenitor. En nuestro sentir, el general no ordenó a Hand, como se ha escrito, la muerte de Córdoba, ni estuvo a su alcance el impedirlo. . . ."

Creo dejar así contestada su honrosa carta, cuyas amables frases para mi modesta labor de historiógrafo empuja mi agradecimiento, a la vez que me sirve de estímulo para poner tan escasas aptitudes en todo tiempo al servicio de la verdad y de la justicia.

Soy de usted sincero apreciador y amigo.



Me he visto obligado a hacer esta publicación en memoria de la memoria venerada del General O'Leary, mi ilustre ascendiente, quien recibió del Padre de la Patria las más grandes muestras de afecto y de reconocimiento de los grandes servicios que prestó a la América, durante la Guerra de Emancipación y posteriormente como su historiador.

Debo advertir que fueron muchas las pruebas de respeto que recibió de todas las repúblicas bolivianas y que dedicó sus últimos días a proteger y ayudar a sus antiguos adversarios.

Es muy satisfactorio el poder anotar que el cargo calumnioso que algunos han formulado a O'Leary, no ha encontrado eco en ninguno de los países libertados por Bolívar, sino en unos pocos cerebros sectarios que quieren contemplarlo todo al través de cierta miopía intelectual, con el único objeto de cultivar pasiones que ya debían haber relegado al olvido.

JULIO D. PORTOCARRERO.

Caracas, diciembre de 1929.